

LA VERDADERA FORTALEZA DE LA IGLESIA

POR EL PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY



(Conferencia general de octubre de 1993)

He tenido la oportunidad de conocer a muchos hombres y mujeres maravillosos de varias partes del mundo. Algunos de ellos han dejado en mí una impresión indeleble. Tal fue el caso con un oficial naval de Asia, un brillante joven que vino para los Estados Unidos por razones de entrenamiento militar. Algunos de sus compañeros de la marina de los Estados Unidos, cuyo comportamiento y personalidad le atrajeron, compartieron con él y por su pedido, sus creencias religiosas. No se trataba de un cristiano, pero se encontraba muy interesado. Ellos le hablaron del Salvador del mundo, de Jesús que nació en Belén, que dio su vida por la humanidad. Le relataron la aparición de Dios, el Eterno Padre y del Señor resucitado, al joven José Smith. Le hablaron de los profetas modernos; le enseñaron el evangelio del Maestro. El Espíritu envolvió su corazón y este joven asiático fue bautizado.

Le conocí poco antes de que regresara a su tierra nativa. Hablamos de estos acontecimientos y yo le dije: "Su gente no es cristiana. Usted proviene de una tierra donde los cristianos pasan por momentos muy difíciles. ¿Qué sucederá ahora que usted regresará a su hogar como cristiano, y especialmente como un cristiano. Mormón?"

Su rostro adquirió un tono sombrío al contestar: "Mi familia se llevará una gran desilusión. Supongo que hasta llegarán a echarme; me considerarán muerto. Con respecto a mi futuro y mi carrera, creo que se me cerrarán con anticipación todas las oportunidades."

Entonces yo le pregunté: "¿Ha estado usted dispuesto a pagar un precio tan alto por el evangelio?"

Sus oscuros ojos brillaron humedecidos por las lágrimas en su apuesta cara olivácea cuando contestó: "Es la verdad, ¿no es así?"

Avergonzado de haber hecho tal pregunta, respondí: "Sí, es la verdad."

A lo cual él contestó: "Entonces, ¿qué más importa?"

Ayer fueron presentadas las estadísticas del crecimiento y desarrollo de la Iglesia. Son impresionantes y alentadoras. Me recuerdan una reciente audición de televisión en la cual el animador entrevistó al reverendo Dean M. Kelly, del Concilio Nacional de Iglesias de los Estados Unidos, quien se refirió a la disminución de los miembros de algunas de las sectas religiosas más grandes y mejor conocidas, así también como sobre el acelerado crecimiento de otras. Refiriéndose a los motivos de la disminución de los miembros en algunas iglesias dijo: "Porque han llegado a ser liberales; permiten que casi cualquiera sea miembro de sus iglesias o que permanezcan en su condición de tales. No tienen exigencias rigurosas con respecto a las creencias o las contribuciones." Asimismo destacó el hecho de que aquellos grupos que

requieren el sacrificio de tiempo, esfuerzos y medios, disfrutan de un crecimiento y de un desarrollo vigorosos.

Seguidamente expresó: "De entre las iglesias de más de un millón de miembros, la que está desarrollándose más rápidamente en los Estados Unidos, es la iglesia Mormona, la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, con cabecera en Salt Lake City, que está creciendo a un promedio de un cinco por ciento anual, lo que es en verdad un crecimiento muy rápido."

Este es un comentario muy interesante que debería afectar a toda persona razonable. Uno de los puntos que destaca es el hecho de que toda religión que requiere devoción, que pide sacrificios, que demanda disciplina, también disfruta de la lealtad de sus miembros y del interés y el respeto de los demás.

Así fue siempre. El Señor no se equivocó cuando le dijo a Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios." (Juan 3:5.) No había entonces excepciones. No existía la liberalidad con respecto al cumplimiento de la regla, siendo así mismo con otros asuntos sobre los cuales él habló.

Pablo nunca anduvo con rodeos ni sutilezas cuando explicaba los requisitos del evangelio de Jesucristo. Así sucede en la actualidad. El Señor mismo declaró que "estrecha es la puerta y angosto el camino." Cualquier sistema que se entienda con las eternas consecuencias del comportamiento humano, tiene que establecer guías y adherirse a ellas, y no hay sistema que pueda ser respaldado por la lealtad de los hombres sin esperar de ellos ciertas medidas de disciplina, en especial de la autodisciplina. El costo relacionado con la comodidad, puede ser muy grande. Los sacrificios pueden ser reales. Pero esa misma realidad demandante, constituye la sustancia en la cual se originan la fortaleza y la nobleza de carácter.

La liberalidad ideológica nunca produjo la grandeza. La integridad, la lealtad y la fortaleza, son virtudes cuyo vigor es desarrollado a través de las pruebas que se efectúan dentro del hombre, a medida que él mismo practica la autodisciplina bajo las demandas de la verdad divinamente declarada.

Pero está la otra cara de la moneda, sin la cual esta autodisciplina es muy poco más que un mero ejercicio. La disciplina impuesta por el solo bien de la disciplina, es represiva, no encontrándose en comunión con el espíritu del evangelio de Jesucristo. Este tipo de disciplina se ejecuta generalmente por medio del temor, teniendo entonces resultados negativos.

Pero aquello que es positivo, lo que procede de la convicción personal, edifica, eleva y fortalece de una forma maravillosa. En asuntos de religión, cuando un hombre es motivado por grandes y poderosas convicciones de verdad, es cuando se autodisciplina, no por las demandas que sobre él ejerce su Iglesia sino como consecuencia del conocimiento que en su corazón posee, de que Dios vive, de que él es un hijo de Dios con potenciales eternos e ilimitados; porque sabe que existe gozo en el servicio, satisfacción en la tarea realizada en bien de una gran causa.

El maravilloso progreso de esta Iglesia, al cual se refiriera el Rev. Kelly, no es producido como resultado de los requisitos que la Iglesia impone a sus miembros, sino como resultado de la convicción sincera de aquellos miembros de que ésta es en verdad la obra de Dios y de que la felicidad, la paz y la satisfacción se encuentran en el servicio justo.

Hoy nos encontramos reunidos en la Manzana del Templo, en este histórico Tabernáculo, rodeados por otros magníficos edificios. Pero la fortaleza de la Iglesia no se encuentra en estos edificios así como tampoco se encuentra en los miles de capillas de todo el mundo, ni en las universidades ni hospitales de la Iglesia. Todas éstas son instalaciones muy deseables para lograr un fin, pero resultan solamente auxiliares a aquélla que es en verdad la verdadera

fortaleza. Tal como lo mencionara ayer el presidente Lee, la fortaleza de esta Iglesia descansa en el corazón de su pueblo, en el testimonio y la convicción individual de la veracidad de esta obra. Cuando un individuo posee un testimonio, los requisitos de la Iglesia se convierten en desafíos en lugar de pesadas cargas. El Salvador declaró: ". . . porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga." (Mateo 11:30.)

El yugo de la responsabilidad de la Iglesia, la carga de la dirección en la Iglesia, se convierte en oportunidades en lugar de problemas, para aquel que viste el manto de la labor dedicada en la Iglesia de Jesucristo.

Hace unos días, mientras me encontraba en una conferencia en el este de los Estados Unidos, tuve la oportunidad de escuchar la experiencia de un ingeniero que se convirtió a la Iglesia hace algunos meses. Los misioneros llegaron a su hogar y su esposa los invitó a "pasar. Su esposa respondió ávidamente al mensaje de los misioneros, mientras que él sintió que era empujado en contra de su voluntad. Una tarde ella indicó que deseaba ser bautizada. Él se puso furioso. ¿Es que acaso no sabía ella lo que eso significaba? Esto significaría tiempo; significaría el pago de los diezmos; significaría renunciar a sus amigos, significaría tener que dejar de fumar. Se puso el sobretodo, salió de la casa con un violento portazo y se internó en la noche. Caminó por las calles maldiciendo a su esposa, maldiciendo a los misioneros y maldiciéndose a sí mismo por haberles permitido entrar y que les enseñaran. Al cansarse luego de tanto caminar, se tranquilizó siendo poseído de alguna manera, por el espíritu de oración. Oraba a medida que caminaba. Le pidió a Dios una respuesta a sus preguntas, luego de lo cual recibió una impresión, clara e inequívoca, que fue casi como si una voz articulara claramente las palabras y dijera: "Es verdad."

"Es verdad," se dijo a sí mismo una y otra vez. "Es verdad." Una serena paz invadió su corazón. A medida que caminaba de regreso hacia el hogar, las restricciones, las demandas, los requisitos sobre los cuales tanto se había exasperado, comenzaron a parecerle oportunidades. Cuando llegó a su hogar y abrió la puerta, vio que su esposa había estado orando.

Luego, delante de la congregación a la cual le había declarado esto, habló de la felicidad que desde entonces habían recibido en su vida. El pagar los diezmos no resultaba un problema. El compartir de algo de sus bienes con Dios, quien les había dado todo lo que tenían, no parecía suficiente. El tiempo que debían dedicar al servicio en la Iglesia tampoco resultaba un problema. Esto les requería solamente preparar con un poco más de cuidado el horario de los días de la semana. La responsabilidad tampoco presentaba ningún problema. Como consecuencia de todo esto comenzaron a desarrollarse y a mirar la vida desde un punto de vista diferente. Luego, este hombre de intelecto entrenado, el ingeniero acostumbrado a manejar los hechos del mundo físico en el cual vivimos,. Con húmedos ojos brindó su solemne testimonio sobre el milagro que en su vida se había llevado a cabo.

Lo mismo sucede con cientos de miles de personas en diferentes tierras; hombres y mujeres de diferentes capacidades y entrenamientos, de negocios y profesionales; hombres extremadamente prácticos que trabajan con los hechos laborales del mundo, en cuyos corazones arde el silente testimonio de que Dios vive, de que Jesús es el Cristo, de que su obra es divina, y que fue restaurada a la tierra para la bendición de todos aquellos que participaran de sus oportunidades.

El Señor dijo: "He aquí, yo estoy en la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo." (Ap. 3:20.)

Jesús, hablando a los judíos en el templo dijo: "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta." (Juan 7:16-17.)

Esto es lo maravilloso de esta obra, que cada hombre puede saber por sí mismo. No depende exclusivamente del maestro o del predicador o del misionero, excepto al punto que podrán enseñar y presentar sus testimonios. Tal como Job lo declarara hace mucho tiempo: ". . . ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda." (Job 32:8.)

Cada uno puede saber por sí mismo que es verdad; a través del don del Espíritu Santo y con la misma seguridad que la que se tiene de que el sol saldrá por la mañana. Sabiendo que es verdadero, cada persona sentirá la necesidad de disciplinarse y llegará a tener el conocimiento del significado y el propósito de la vida, llegará a comprender su gran responsabilidad hacia su prójimo, a comprender su responsabilidad con respecto a su familia y con respecto a Dios.

"Aprende de mí," dice el Señor, "y escucha mis palabras; camina en la mansedumbre de mi Espíritu, y en mí tendrás la paz." (D. y C. 19:23.)

Esta es la paz que sobrepasa todo entendimiento, porque no procede de la mente sino del Espíritu, las cosas de Dios son comprendidas por el Espíritu de Dios.

Una dama de gran educación le dirigió en una oportunidad la palabra a un grupo del personal militar norteamericano estacionado en Alemania cuyos miembros eran todos miembros de la Iglesia. Esta señora era mayor del ejército y doctora en medicina; una especialista altamente respetada en su campo de actividades. Ella dijo:

"Más que ninguna otra cosa en el mundo, yo quería servir a Dios. Pero a pesar de tratar de hacerlo con todas mis ansias, no pude encontrarle. El milagro fue que El me encontró a mí. Un sábado por la tarde de septiembre de 1969, me encontraba en mi hogar en Berkeley, California, cuando oí sonar el timbre de la puerta. Al atender me encontré con dos jóvenes vestidos con trajes, camisas blancas, corbatas y perfectamente peinados. Tanto me impresionaron con su aspecto que les dije: "No sé qué es lo que están vendiendo, pero se lo compro." Uno de los jóvenes dijo: "No estamos vendiendo nada. Somos misioneros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y sólo quisiéramos hablar con usted." Les invité a que pasaran y me hablaron de su fe.

"Este fue el comienzo de mi testimonio. Mi agradecimiento no tiene palabras por el privilegio y honor de ser miembro de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. El gozo y la paz que este evangelio ha traído a mi corazón, es en sí mismo el cielo sobre la tierra. Mi testimonio de esta obra es lo más precioso que tengo en la vida, un don de mi Padre Celestial por el cual estaré eternamente agradecida."

Este conocimiento se recibe ahora del mismo modo que se recibía en la antigüedad. Así fue que lo recibió mi amigo, el oficial naval asiático. Del mismo modo lo recibió el ingeniero del cual les hablé. En igual forma lo recibió esta doctora cuyo testimonio acabo de repetir. En este mismo recinto, estoy seguro que hay miles de personas que podrían repetir experiencias similares, al igual que en todo el mundo son varios los millones de personas que podrían hacerlo. Y si hubiera alguien que se encontrara al alcance de mi voz, que estuviera tratando de lograr un convencimiento del Espíritu Santo con respecto a estos asuntos, les doy mi testimonio de que puede ser logrado. Puede ser recibido ahora del mismo modo que lo recibió Pedro:

"Viniendo Jesús, a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?

"Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elias; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. "El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

"Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

"Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

"Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella." (Mateo 16:13-18.)

Esta roca de la revelación es la fuente del conocimiento relacionado con las cosas de Dios. Es el testigo del Espíritu Santo, que testifica de la verdad eterna, y las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ningún hombre que le busque, que le acepte, que le cultive y que viva de acuerdo a sus preceptos.

Sobre estas sagradas cosas ofrezco mi solemne testimonio e invoco las bendiciones de este conocimiento sobre todos aquellos que sinceramente busquen la verdad, en el nombre del autor de la verdad, aun el Señor Jesucristo, Amén.